

Retrotopía

Zygmunt Bauman

Paidós

Barcelona, 2017

172 pp.

ISBN: 978-84-493-3322-4



Retrotopía es la última obra de Bauman. Se publica tras su muerte. Como trabajo póstumo que contiene un mensaje, puede interpretarse como testamento intelectual. El título es un signo de sus intenciones. La expresión “retro”, equivalente a vuelta atrás, una llamada a retroceder hacia algún lugar. *Retrotopía* es una apelación de Bauman a que la sociedad globalizada no puede ya fijar la mirada en el futuro, y debe volver la vista atrás, hacia el pasado. En realidad, los primeros pensadores utópicos no situaron la utopía ni en el pasado ni el futuro, sino en otro lugar del presente. Utopía era un lugar imaginario en otra parte, no una diacronía en otro tiempo. Tampoco una reconstrucción ucrónica imaginaria del pasado.

¿Por qué mirar atrás, por qué retroceder? Siempre se ha pensado que progresar es avanzar hacia delante. En el siglo XVIII, se relacionó la utopía con el progreso tecnológico. El pensamiento ilustrado perfeccionista, pensó que la ciencia era el instrumento cognoscitivo para poner en evidencia la diferencia entre el pensamiento no científico de los prejuicios, y el conocimiento científico de las cosas. Creyeron que el avance de la ciencia unido a las ideas regeneradoras de los filósofos podría sacar a la humanidad de la edad de piedra para anticipar una futura sociedad humanitaria, igualitaria y pacífica, libre de prejuicios.

El siglo XXI frustra esas ilusiones ilustradas. Bauman, el filósofo sociólogo que diagnosticó los “tiempos líquidos”, considera que la tecnología digital ha llevado al hombre a un límite que le obliga a plantearse cuál es el *topos adecuado al hombre*. Y lo encuentra retrospectivamente mirando atrás para recuperar valores perdidos de la tradición humana, en lugar de hacia delante, dado que los descubrimientos de la ciencia no solo no han contribuido a hacer del hombre más humano, sino a desnaturalizarlo progresivamente. Los proyectos de perfeccionamiento social de la humanidad fomentados por los filósofos ilustrados con pretensiones de alcanzar una sociedad racional, han llegado a ser más peligrosos para el hombre por sus resultados que las viejas tradiciones seculares, en las cuales lo que principalmente debemos cuidar es cerciorarnos de que todo hombre o mujer, como ser humano autónomo, tenga el mismo reconocimiento de valor de humanidad.

Esta mirada retrostópica de Bauman es característica de quien viene de vuelta. Tras sus primeros trabajos, como seguidor de la Teoría Crítica de los que procede su metáfora sobre la “sociedad líquida” y los “tiempos líquidos”, Bauman ha ido desconfiando progresivamente de los productos de la tercera revolución industrial y de que la capacidad del razonamiento crítico pueda tener efectos en la regeneración

moral planetaria. Su itinerario intelectual le situó decididamente en la crítica al liberalismo. En este último trabajo parece haber pulsado el límite de lo que puede quedar al alcance de la crítica como instrumento de renovación o de depuración. No es ajeno a esa desilusión el estudio que hace de la revolución digital de los medios de comunicación. No puede decirse que haya una dirección oculta, un designio que dirija el proceso, una servidumbre voluntaria como diagnosticaron los primeros francfortianos. El sistema tecnológico de la reticulación es en sí mismo neutral y no favorece ni perjudica a la intención emancipadora humana. Pero esa neutralidad lo convierte en instrumento adaptable a cualquier fin o propósito. La propia pretensión emancipadora puede estar revestida de totalitarismo. De un proyecto de cambio social no se deduce que la conducta de las personas cambie o se humanice. Por eso desconfía de los “populismos”, en especial si recurren a las “fake news”. Es muy fácil explotar demagógicamente el ansia de los desfavorecidos prometiendo lo imposible, sembrando resentimiento y creando más problemas de los que se pueden resolver con los medios disponibles.

El control político no impide, sino que dirige y estimula un proceso que la planificación política no fue capaz de realizar. Bauman piensa que la tecnología ha abierto un espacio que queda fuera de la capacidad de control político, ocupado por las multinacionales que han desbordado la capacidad de controles estatales. Sería necesario crear una autoridad internacional y, sugiere que la Unión Europea podría ser un ejemplo a seguir.

La tecnología aparentemente igualitaria de la red, contribuye a reafirmar las diferencias, consolida el proceso de tribalización humana, favorece más, al menos actualmente, la incomunicación y los enfrentamientos entre identidades, ignorando que tiene más en común, pero ser humanas que lo que puede separarlas el instinto tribal. La necesaria unificación planetaria, al alcance de una globalización que es imprescindible para la provisión de recursos necesarios para el mantenimiento del sistema, está amenazada por la

capacidad de las redes para aglutinar grupos reticulares in-comunicables entre sí.

Los espacios de comunicación abiertos por la telefonía móvil, la tecnología de los drones para la vigilancia, o la capacidad de interacción de las redes, crean un “vecindario global” en el que se desnaturaliza la relación humana, una “acción a distancia desterritorializada”, descorporalizada, dice Bauman. La red no es un fluido para la comprensión racional, también lo es para el enfrentamiento. No iguala posibilidades, crea diferencias. En ella cada cual encuentra lo que busca y busca lo que desea encontrar, refuerza sus apetencias o sus exigencias. Fragmenta, más que une. Nos vigila, más que nos libera.

Late en el libro una crítica desesperanzada hacia los productos de la razón tecnológica. Censura la floración del nacionalismo tribal y ataca las variantes demagógicas del marxismo que enfrentan clases como si fueran categorías inamovibles y se sirve del resentimiento de los explotados. Para Bauman el nacionalismo es una ideología que utiliza la red para crear «tribus» segregadoras. En lugar de acentuar los motivos de comunicación humana se centra en diferenciar unos de otros, los “nuestros” y los que no son nuestros, una forma de racismo, que enfrenta identidades culturales como si fueran categorías sustantivas.

La propuesta de sustituir la utopía por la retrotopía, dejará descolocados a muchos que hayan seguido atentamente la obra de Bauman, pero no se puede dudar de su sinceridad ni de su profundidad. Es probablemente insuficiente, ya que la retrotopía ni significa ni puede significar una renuncia a los “logros” científico técnicos alcanzados, a menos que la desaceleración del proceso se convierta en una regresión impotente para suministrar alivio a una humanidad que puede quedar saturada por sus desperdicios, además de depauperada en los países más avanzados por un envejecimiento poblacional que supedita el mantenimiento del bienestar al esfuerzo de las nuevas generaciones que habrán de proveerlo cada vez más dificultosamente.

Retrotopía centra en un mercado gobernado por el “individualismo” moral del consumo, la principal causa del deterioro que nos remite a este futuro incierto que extiende la incertidumbre al conjunto de la especie. Aboga por la implantación de la “renta básica universal” y se muestra proclive a una política socialdemócrata que compense las tendencias individualistas. El progreso científico técnico ha sustituido la esperanza por el miedo al futuro. Un horizonte de dudas que aumenta y crece cuanto aumenta la dependencia tecnológica que desgaja el uso de la tecnología de la conciencia moral y nos aleja de la naturaleza, desnaturalizando las relaciones de los hombres con su entorno.

En resumen, el miedo al futuro ha prendido en la conciencia de que las esperanzas depositadas en la tecnología han fracasado si se pensó que podían servir para la regeneración moral. Por eso hay que mirar hacia atrás, al depósito de las tradiciones y de las religiones. No deja de ser significativo que Bauman considere al Francisco I como la única autoridad moral en que el mundo puede actualmente confiar. La duda de que la progresión de la especie pueda convertirse en el mayor peligro que la propia especie ha de afrontar, se ha introducido en el inconsciente colectivo.

Luis Núñez Ladevéze
Universidad CEU San Pablo